

EDITORIAL

LA FILOSOFIA HUMANISTA Y EL PEDIATRA

El siglo del Renacimiento marcó para el mundo una era de profundos cambios, no sólo en el arte, en la ciencia, en la política y en la técnica, sino también en los sistemas de convivencia y de comprensión entre los hombres y en el concepto humano de los seres.

El hombre y las comunidades de la época medieval comenzaron a despertar de un prolongado letargo mental y del espíritu y a formarse una conciencia nueva y libre de su existencia, modificando los rígidos sistemas de la Edad Media, impuestos por jerarcas, por autócratas, por filósofos ortodoxos y por una teología severa e intolerante.

El hombre sólo era antes del Renacimiento, "una cosa" que formaba parte de "cosas mayores". No se reconocía en él la existencia innata e indestructible de sus valores intrínsecos, ni de su conciencia libre. Tampoco se le concedía capacidad para tener la facultad y el derecho de pensar en forma autónoma, a pesar de que estos valores los llevaba latentes escondidos en su personalidad, por entonces esclava del pensamiento de otros, aparentemente sin reflexión y con muy pobres y escasas reacciones individuales ante la vida.

En este ambiente de depresión surgió el conjunto de nuevas fuerzas e ideas del Renacimiento, dando pábulo a poderosas tendencias renovadoras en todos los órdenes. En medio de esta revolución pensante reapareció el humanismo, como una inesperada revelación para el hombre.

La finalidad del humanismo era dar a los seres la personalidad que siglos atrás habían conquistado para ellos los filósofos y pensadores griegos y romanos con sus sabias enseñanzas. Esa personalidad la habían perdido en medio del esclavizante y despótico sistema teológico prevaleciente en la Edad Media.

Así comenzó el humanismo a infiltrarse nuevamente en la filosofía, en la ciencia, en el arte y en la literatura, siendo las escuelas italianas de Padua y de Salerno, las que acogieron con mayor entusiasmo y dieron más vigoroso impulso a las ideas nacidas, entre otros pensadores, con Protágoras cuando enseñaba que "el hombre es la medida de todas las cosas" y con Epicuro quien sostenía que "toda doctrina filosófica sería vana si no aliviaba el sufrimiento humano".

Los humanistas o profesores que impartían los conocimientos surgidos del humanismo, se transformaron rápidamente en un grupo al que se otorgaba la más alta dignidad y eran solicitados por todos los poderosos de esa época, para apuntalar su alcurnia y darse barnices de tolerantes y sabios.

Entonces el hombre adquirió nuevos valores y dimensiones desconocidas; surgió el libre albedrío, pudo pensar y reflexionar en sí mismo a través de su tránsito por la tierra. Una tierra que le pertenecía y a la cual podía gobernar con su imaginación libre, con su pensamiento autónomo, con su voluntad no esclavizada.

El hombre cambió su condición de "cosa" que le caracterizaba en el medievo por la de un ser consciente, y comenzó a pensar y a actuar persiguiendo una filosofía ideal, que era "el hombre como hombre" y "el hombre para el hombre"; pero un hombre no amenazado por la cruel intolerancia de los déspotas religiosos, ni anonadado por miedos seculares bajo la férula de una autocracia con poderes omnímodos; ni tampoco llevando la carga mental impuesta por hechiceros y brujos. Un hombre de mente libre, de espíritu amante de la paz, de imaginación creadora, bien asentado en la tierra que Dios puso a su disposición. Dueño de sus acciones, ávido de felicidad y codicioso de su bienestar personal y del bienestar de sus hijos.

Para centrar al pediatra y a la pediatría dentro de la filosofía humanista, recordaremos algunas definiciones del humanismo. Una, "cultivo y conocimiento de las letras humanas"; otra, "doctrina de los humanistas del Renacimiento que renovó el estudio de las lenguas y de la literatura antiguas"; una más: "Humanista: filósofo que funda su doctrina en el hombre, en la situación y en el destino de éste en el Universo".

La Enciclopedia Británica describe al humanismo en general como cualquier sistema, pensamiento o acción cuyo interés principal son los problemas del hombre viviente y no los problemas de lo sobrenatural y de lo abstracto.

El término se aplica especialmente al movimiento del pensamiento que rompió, en el siglo xv, con las tradiciones medievales impuestas por la teología escolástica y su filosofía, retornando al estudio de los clásicos, que se había perdido. Este movimiento fue esencialmente una reacción contra los intelectuales de entonces y sus filosofías abstractas, repudiando a una autoridad eclesiástica tirana y esclavizante, y adquirió la paternidad de todo el desarrollo moderno, intelectual, científico y social.

Una última definición, que se basa en la interpretación que damos y debemos a las ideas de Erich Fromm podría ser como sigue: "tendencia o corriente que se caracteriza por su fe en el hombre, en sus posibilidades de desenvolvimiento para poder llegar a etapas cada vez más elevadas en la unidad de la raza humana, en la tolerancia y en la paz; en la razón y en el amor, como fuerzas que le permitan realizarse a sí mismo y convertirse en lo que puede ser".

Después de lo que hemos expuesto tomando ideas de distintos autores en

épocas sucesivas, posteriores a la Edad Media, necesitamos examinar lo que entendemos por humanismo en esta época de vertiginosa evolución de la ciencia, de la técnica y de la industria, corrientes todas típicamente deshumanizantes, que obligan a una revisión de la filosofía humanista para que esté a tono con una serie de actitudes y circunstancias que, aun sin quererlo, la amenazan seriamente.

El humanismo trata de crear seres humanos que lleguen a ser hombres; pero "Hombres Hombres", con todos sus atributos sociales y derechos de seres pensantes y no "Hombres Cosas". seres que obedezcan las leyes vitales del hombre y no las leyes frecuentemente antibiológicas de las "cosas" como lo expresa Fromm. Pero el humanismo de ahora, aunque persigue la misma meta de estructurar al hombre ideal, necesita revalorar sus métodos, revisar sus caminos, buscar nuevos cauces pragmáticos que lo defiendan de una era de automatismo exagerado; de la amenazante burocratización de las sociedades y de una aplastante y distorsionadora industrialización. Pero he aquí que las sociedades industrializadas no pueden retroceder para ajustarse a la filosofía humanista tradicional; el automatismo, se extiende opresor del libre albedrío; pero el automatismo es producto del hombre mismo. La burocratización que mata la imaginación y la espontánea iniciativa, marcha ineludiblemente adherida a la evolución que creamos los hombres y que estamos sufriendo.

Y aquí aparece la incógnita y la incertidumbre: qué hacer para que el humanismo, el humanismo tradicional e idealista, el que piensa en el hombre por el hombre, no naufrague en lo que la sociedad misma ha creado, y para que no volvamos a vivir como en la Edad Media, sujetos a dogmas petrificantes, ni al fanatismo, ni a la ambición incontrolada de poder y de dinero que traerá nuevas guerras, quizás diferentes en sus motivaciones y orígenes a las guerras del siglo XVII, pero que de igual manera envenenarán la vida sobre la Tierra, y llenarán a los hombres de terror y harán que vuelvan a vivir inseguros, ellos y sus hijos, en medio de una sociedad preñada de tensiones y de amenazas, es decir, en el seno de una sociedad antihumanista.

La preocupación mundial en la actualidad es la de realizar un esfuerzo colectivo y coordinado para conseguir que la tierra se pueble con seres humanistas, es decir, "sensibles, bondadosos, comprensivos, seguros y felices". Esto parece una utopía; pero el esfuerzo de los filósofos, los maestros y los sociólogos está fuertemente orientado con esta clara tendencia: buscar métodos educativos, procedimientos sociales, sistemas políticos, y formas de convivencia que aplaquen a esa fiera de revólver, de cuchillo, de cadenas y de poder en que se está transformando el hombre actual.

Ahora bien, el problema estriba en hallar métodos y actitudes que estén de acuerdo y que sean aplicables a la realidad de la vida contemporánea, fantásticamente evolucionada. A esta intensa preocupación y a esta fuerte corriente humanista es a la que debemos unirnos generosamente los pediatras y la pediatría.

Si por Pediatría entendemos la Ciencia del Desarrollo y del Crecimiento del ser humano y el pediatra actualizado en su filosofía y en su aplicación es el encargado de la estructura integral de ese ser en esa particular etapa de su vida, el pediatra es, por antonomasia, un humanista. Quizás amplificando el concepto, el pediatra es el humanista ideal, el que puede y debe perseguir tenazmente la meta tradicional y pura del humanismo en la vida de los seres que inician su paso por la tierra y que han sido confiados a su ciencia y a su ética.

Aunque estos conceptos nos parecen axiomáticos, agregaremos algunos comentarios que los expliquen.

Hasta hace unas cuantas décadas, el pediatra ejercía su profesión preocupándose únicamente por curar el órgano enfermo, el que daba manifestaciones más claras de estar lesionado. Curaba el estómago, el intestino, el pulmón o el corazón; curaba el traumatismo de un miembro o atendía con masajes o corrientes eléctricas las extremidades paralizadas. El resto del organismo físico del niño poco le preocupaba. Menos aún le preocupaba la mente y el espíritu de su paciente. La parte inmaterial del ser era para él, un capítulo desconocido. La razón, la mente, la personalidad y el ambiente en que el niño y el adolescente crecían y se desarrollaban, eran cosas secundarias que, de acuerdo con la educación médica reinante, nada tenían que ver con los trastornos orgánicos, ni eran tomadas en cuenta para formular la receta. Y si no le preocupaba al pediatra de los años pasados, el ser emocional ni el ser espiritual de su paciente, menos le preocupaba, para curarle, la unidad social de la cual formaba parte, es decir, la familia y su estructura, o la comunidad a la que pertenecía. Toda la pediatría se concretaba a conocer el lugar afectado del cuerpo para aplicar las medidas más eficientes y curarlo.

El pediatra de hogaño ha cambiado profundamente su actitud profesional, su pensamiento y los conceptos filosóficos y pragmáticos que guían y rigen el ejercicio de su disciplina.

Su trabajo actual está impregnado de tendencias sociales y de un claro sentido humanista colectivo, que amplía su responsabilidad y orienta su acción no sólo al órgano enfermo, sino al niño y al adolescente como un todo armónico, de partes y sistemas interdependientes que sufren de enfermedad o gozan de salud física y mental, simultánea e inseparablemente. Además, el pediatra de estos tiempos estudia y trata de interpretar los problemas de la familia, la que refleja en los hijos su estructura emocional, económica y social, así como sus patrones mentales y culturales. También es causa de gran interés para el pediatra de hoy la comunidad, que evoluciona a grandes pasos y proyecta influencias definidas y permanentes sobre la familia y sobre el niño. El pediatra de ahora no puede separar el problema de sus pacientes del problema de la familia, ni de los problemas de la comunidad y, aunque su trabajo es más dilatado, se torna más eficiente en el aspecto humano, porque se refleja benéfica y generosamente en

individuos aislados, en grupos interdependientes estructurados en los hogares y sobre el conjunto de las unidades que conviven y forman la comunidad.

Lo ideal para el pediatra no es estar manejando solamente el dolor humano, rodeado constantemente de la angustia y de las lágrimas, situación que le acarrea profundas inquietudes, tensión destructiva y agotamiento mental y físico. Lo ideal es manejar niños sanos, vigilando periódicamente su desarrollo, su crecimiento, su alimentación y su espíritu, en medio de un apacible ambiente familiar en el consorcio de los grupos sociales. Por supuesto que esta agradable tarea no se consigue si no se pone esfuerzo tenaz en ella y deliberada tendencia educativa y humanista. Además, se requiere poseer capacidad para observar y para entender; ser un médico comprensivo, de actitudes amistosas y tolerantes, que le conceda al niño personalidad, se la reconozca y se la tome en cuenta; que escuche los problemas de la madre y los relacione y los incorpore al ambiente creado por la enfermedad, formando un todo con el paciente, la familia y la sociedad en que se mueven. Es necesario que no solamente cure el riñón o el pulmón o la parálisis, sino que trate a un todo vital, coordinado e interdependiente que integran lo somático, lo visceral, lo psíquico, lo emocional y lo espiritual.

El pediatra que observa e interpreta sin prejuicios y con sentido humano los hechos; el que analiza y substraer; el que no está devorado por la impaciencia; el que quiere hacer labor humanista en los seres en desarrollo para satisfacción de su disciplina, encuentra en el niño un excelente panorama que le permite conocer el medio familiar en todos sus aspectos: la economía del hogar, la buena integración o la desintegración de la familia, la cultura y los prejuicios del ambiente y los conceptos sobre salud y enfermedad que los inspiran. En esta forma realizará una gran parte de su labor científica y de su obligación humanista. El niño para el pediatra experimentado, es el espejo al través del cual conoce las condiciones personales, familiares y ambientales. El pediatra necesita aprender a mirar en ese espejo para analizar correctamente sus imágenes.

Ningún profesionista médico como el pediatra necesita tanto de una actitud humanista que lo ennoblece, lo eleva y que dignifica su disciplina. Nadie como el pediatra requiere tanta ternura para los pacientes. Nadie como él, necesita irradiar esperanza y fe para suavizar las tensiones y tranquilizar las almas.

La ciencia, la técnica y los conocimientos científicos son sólo parte de los atributos del pediatra de nuestros días; la otra parte de su estructura la forma un haz de cualidades humanas, que si no las posee, deberá crearlas con gran devoción, hasta que formen parte íntima e inseparable de su personalidad social y profesional.

Cuando se salva a un niño, la postura del médico es fácil, satisfactoria, amable, remunerativa; casi no necesita de sus atributos humanos para frontar y manejar la situación. Pero cuando se fracasa, cuando la lucha es estéril y desesperante; cuando la ciencia se acaba y los recursos se agotan; cuando todo lo que le rodea

está lleno de tensión amarga, de desconfianza y de enemistad, es entonces cuando las relaciones humanas, previamente creadas por nuestras actitudes profesionales, por nuestra comprensión y nuestra bondad, actúan como escudo a las más grandes decepciones. Hace mucho tiempo que la brusquedad, la indiferencia a problemas colaterales, las afectadas actitudes académicas y el dogmatismo, dejaron de ser prendas del atuendo médico, por vanas, inútiles y rechazantes. La inoportuna exhibición de sapiencia ante los familiares, la personalidad austera, los gestos exagerados de profesionalismo, la agresiva y cruel risa irónica a las preguntas ingenuas, crean un abismo de temor, de distancia y de frialdad entre el hogar, el paciente y el médico, en lugar de fomentar una mutua y cálida corriente humana que los unirá en el fracaso o en el éxito.

Por último, dejaré asentado que la misión del pediatra de hogaño, como responsable de la Medicina de los seres en desarrollo y crecimiento, es conservar la salud de aquéllos que han sido confiados a su cuidado, procurando, no sólo que vivan con los órganos de su cuerpo sin molestias ni amenazas, sino que mantengan un adecuado equilibrio entre todos ellos, de tal manera, que su función coordinada y normal asegure un futuro saludable y feliz. Este equilibrio y esta función se refieren al cuerpo, a la mente y al espíritu; los tres elementos del ser humano que son responsables de que la vida sea agradable o se torne odiosa y amarga.

Los años en que la clínica y la terapéutica absorbían toda la atención de los pediatras han pasado. Debemos ahora balancear esta tendencia con la importante preocupación de conseguir una vida sin enfermedad clínica, sin enfermedad emocional y sin temores sociales que formen las bases biológicas de la infancia, proporcionándole la esperanza de un tránsito por la tierra que sea más prolongado y más feliz.

Las actuales conquistas de la Ciencia y la razonable combinación del utilitarismo personal con el amplio y generoso sentido humano de la Pediatría, nos colocan en una situación muy ventajosa para prevenir y combatir las agresiones físicas, mentales y emocionales en los niños y adolescentes y para ayudar eficientemente a la formación de seres que, como el humanismo lo pide, sean "benévolos, comprensivos, sensibles y amantes de la paz". La ciencia pediátrica bien entendida y bien aplicada, nos encadena inseparablemente a la filosofía humanista y nos hace portaestandartes de su meta.

DR. FEDERICO GÓMEZ